

«Pasión por el hombre, pasión por Cristo»

El diálogo con Davide Prospero sobre don Luigi Giussani, con motivo del Centenario que acaba de concluir. El encuentro tuvo lugar en EncuentroMadrid, el 12 de noviembre de 2022

Rafael Gerez. *Aunque eres relativamente joven, sí tuviste la posibilidad de conocer personalmente a don Giussani; siendo estudiante universitario, ya tenías una cierta vida con los jóvenes de Comunión y Liberación. ¿Qué supuso ese encuentro para ti con don Giussani? ¿Qué te fascinó de su persona?*

Davide Prospero. La respuesta es muy sencilla: todo, me ha fascinado todo de su persona, todo lo que a través de él se ha generado. Enseguida, nada más conocerle, deseé formar parte de esta historia. Me encontré con Giussani personalmente por primera vez el día exacto de mi 23 cumpleaños, era el 6 de octubre de 1995. Ese día le dieron el Premio de la Cultura Católica en Bassano del Grappa, yo estaba allí con mi hermano y algunos amigos por unas circunstancias que sería largo describir. Me encontré cara a cara con él antes del acto y él me invitó a su casa. Me dijo que le habían regalado una botella de vino *Barolo* y me preguntó si me gustaba el vino; yo le respondí que sí, que el vino me gusta, pero que me gustaba todavía más la posibilidad de comer con él, así que me tomó en serio y un mes después me invitó a su casa en Gudo Gambaredo, donde vivía con los *Memores Domini*. Ahí comenzó una relación personal que continuó casi hasta el final de su vida. La última vez que le vi personalmente fue en 2003. Yo deseé encontrarlo, hice de todo para encontrarme con él, después de oírle hablar por primera vez en los Ejercicios espirituales de los universitarios de CL en diciembre de 1994, donde dio aquella lección extraordinaria cuyo video propusimos después en los Ejercicios de la Fraternidad de 2015 por el impacto educativo y emocional que supuso para muchos de aquellos jóvenes. Se titulaba *Reconocer a Cristo* (en L. Giussani, *El templo y el tiempo. Dios y el hombre*, Encuentro, Madrid 1995, pp. 45-90). Don Giussani había comenzado constatando la situación de los jóvenes de hoy –sería mejor decir del hombre moderno– citando una frase de Kafka que decía: «Existe un punto de llegada, pero no un camino» (F. Kafka, *Cuadernos en octavo*, Alianza, Madrid 1999). El autor admitía que el hombre, como tal, reconoce un destino, una posibilidad de tensión humana hacia el cumplimiento de sí mismo, pero no existe un camino que podamos recorrer. Don Giussani aquel día nos convenció de que, al contrario, ese camino existe y es un camino humano, hecho de una historia humana generada por el propio destino. El destino se ha hecho compañero de este camino. Esta descripción, que partía del encuentro de los dos primeros que conocieron a Jesús –Juan y Andrés–, se convertía luego en la descripción de una historia que llega hasta nosotros. Me acuerdo de que leyó la carta de un joven enfermo de Sida que le escribía a un amigo suyo y que murió poco después. En aquella carta decía –la resumo con mis palabras–: yo he desperdiciado mi vida, pero ahora mi vida vale porque a través de esta historia, de este amigo mío, y a través de don Giussani, que ha generado esta historia, he podido encontrar la finalidad de mi vida, también de un miserable como yo, y por eso pienso que hoy mi vida puede ser útil porque, a través de lo que yo puedo testimoniar tal como soy, puedo ayudar a todos los hombres a reconocer que Cristo es la respuesta a la necesidad del hombre (cfr. carta de Andrea, en L. Giussani, *El templo y el tiempo. Dios y el hombre*, op. cit., pp. 41-44). Para mí Giussani fue el generador de esta historia gracias a su disponibilidad sencilla. A nivel personal también ha generado mi propia historia porque a partir de ese momento mi vida cambió. Hago un último apunte muy breve. Cada vez que nos encontrábamos personalmente, aunque desde mi juventud me había encargado algunas responsabilidades en el movimiento, nunca me preguntaba –solo una vez, casi nunca– cosas relacionadas con mi responsabilidad en la comunidad. Siempre hablábamos de todo, de las cosas que le interesaban a él o a mí, de música, de todo. Y lo que me impresionaba era su pasión por todo, cómo lograba apreciar y amar cada detalle que se le daba como signo de algo infinito, lograba ver el infinito en cualquier cosa. Yo deseo poder vivir a la altura de esta humanidad.

Gerez. *El lema de esta edición de EncuentroMadrid, «Vivir apasionadamente la realidad», parte en realidad de una afirmación de don Giussani en uno de sus libros: «La única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos es vivir intensamente la realidad» (El sentido religioso, Encuentro, Madrid 2008, p.165). ¿Qué significaba esta afirmación –«vivir intensamente la realidad»– y qué supone esta propuesta para vivir el cristianismo en la actualidad?*

Proserpi. Creo que la novedad extraordinaria del cristianismo, y por tanto de la experiencia cristiana, está precisamente en su concreción, es decir, en su capacidad de leer y de interpretar la realidad tal como es, sin superponer esquemas ideológicos. Y esto yo lo aprendí con don Giussani, que partía siempre del dato de la realidad, de lo que sucedía, y a partir de ahí le surgían ideas. Era extraordinario ver cómo a partir de cosas que le decía cualquiera –hasta alguien insignificante como yo–, él tenía intuiciones que se convertían en un factor de construcción de toda nuestra compañía. O también observaba lo que sucedía, lo juzgaba y nos llevaba a dar un paso de conocimiento mucho más profundo, que valía tanto para esa situación como para todo lo demás. Quizá os acordáis cuando en Iraq hubo un atentado contra policías italianos en Nassiriya, en 2003. Don Giussani escribió un juicio hablando del drama de la guerra, y creo que estas palabras son muy actuales hoy; él decía que frente a tanto mal, ante tanta injusticia, «si se diera una educación del pueblo, todos vivirían mejor» (citado en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 1176). Estas palabras podían parecer poco pertinentes inmediatamente, pero enseguida se podía entender que no eran palabras para salir del paso, sino que el problema del hombre de hoy, de los conflictos mundiales, de la incapacidad para comunicar qué es lo que genera el conflicto y el mal que deriva de él nace de una falta de educación, de la incapacidad de vivir hasta el fondo la amplitud de la propia libertad. La educación es educación en la libertad para que el hombre pueda ser verdaderamente libre, verdaderamente él mismo. Para esto es necesaria una realidad humana que sepa mirar la realidad sin parcialidades, por lo que es. Giussani lo apostaba todo por la posibilidad de que esta mirada completa hacia la realidad pudiera convertirse en una historia humana, en un pueblo.

Gerez. *Tú eres profesor universitario y también padre de familia numerosa, por lo que supongo que la educación es también una preocupación tuya fundamental, porque la tienes que afrontar cotidianamente. En la audiencia del pasado 15 de octubre, uno de los puntos que subrayó el papa Francisco fue justamente la faceta de don Giussani como educador. Tú ya has adelantado algunas cuestiones sobre qué significaba para él la educación. ¿Qué destacarías de don Giussani como educador? ¿De qué modo lo que has aprendido de don Giussani como educador, su propuesta, te es útil en tu propia tarea de guía y de profesor, de educador?*

Proserpi. Yo creo que la verdadera novedad en la comunicación de don Giussani de su método educativo ha sido que –a diferencia de muchos teóricos de la educación de las últimas décadas, también de nuestro tiempo, que piensan que el problema educativo consiste, sobre todo, en encontrar la “estrategia” adecuada para captar el interés de los jóvenes– para él la educación es una comunicación de sí mismo. Es compartir una vida, es compartir una experiencia integral. Educar no significa sobre todo transferir contenidos con nociones, educar significa compartir el sentido de la vida y para compartir el sentido de la vida es necesario compartir la vida. Yo pienso que el motivo por el que el 15 de octubre la plaza de San Pedro era una fiesta llena de gente, en una fiesta ordenada, es porque este compartir la vida ha generado un pueblo, ha generado personas que desean vivir y compartir su propia vida de la misma manera. Creo que este es el secreto de don Giussani. Como él mismo decía, nunca ha intentado obligar a nadie a seguir la verdad que él seguía, sino que siempre provocaba a quien tenía delante a tomar en serio una propuesta para poderla verificar en su propia vida (cfr. L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19: «Siempre he dicho a mis alumnos desde la primera hora de clase que di: “No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero de juzgar las cosas que os

voy a decir. Y las cosas que os voy a decir son una experiencia que es resultado de un largo pasado de dos mil años”»). Esta verificación es condición indispensable de la educación y no solo una reflexión sobre uno mismo, sino que la verificación según Giussani se hacía en relación con la realidad. Que lo que yo te digo es verdad lo debes verificar en tu relación con la realidad; por tanto, la propuesta de don Giussani es una apuesta por la libertad del otro y esto vincula porque claramente en esta verificación nos acompañamos, verificamos juntos, vivimos juntos. Por ese motivo la experiencia educativa de Giussani ha generado comunidades.

Gerez. *Y para ti personalmente, en tu tarea como profesor, ¿qué ha supuesto como desafío?*

Prosperi. Es lo mismo.

Gerez. *Me interesa también cómo lo vives como padre de familia. En este caso la respuesta no es tan sencilla.*

Prosperi. También ahí es igual. Quizá la experiencia más inmediata que tuve en la relación con don Giussani –y creo que quien lo ha conocido puede decir lo mismo– ha sido la de una preferencia. Cuando estabas con él, te sentías el centro del universo. No porque te quisiera hacer sentir así, sino porque era así para él, delante de sí tenía el Misterio. Me he preguntado muchas veces qué era esta preferencia y recuerdo que cuando mis hijos eran pequeños –yo tengo cuatro hijos, un chico y tres chicas, muy cercanos entre ellos en edad, nacieron los cuatro en cinco años– salía mucho este tema de la preferencia porque hay veces que prefieres a uno por una cosa o a otro por otra. Es algo que te encuentras en ti, ni siquiera sabes por qué exactamente. Y recuerdo que muchas veces salía este problema. Yo también me pregunté alguna vez de manera un poco moralista si quizás estaba equivocado, pensando que no era justo que no se sintieran preferidos, que quizás debía tratar a todos por igual. Pero mi experiencia de preferencia sobre mi vida no era una equivocación, pues me daba cuenta de que yo deseaba ser preferido. Ahí me di cuenta de que el problema no es que ellos esperaran no ser menos que los demás. Cada uno quiere ser preferido él mismo. Así que el problema no es no preferir a nadie sino aprender a preferir a todos; y así quizás encuentras dentro de ti una preferencia instintiva por uno de ellos en un momento dado, aunque después las cosas pueden cambiar, para mí al menos han cambiado muchas veces. El problema en cambio es que esa preferencia te introduce en una forma de amar con más verdad a todos los que se te dan, es decir, para preferir a todos. Si no, la preferencia es una injusticia. Esto lo digo para decir esta mirada sobre mi vida que yo he aprendido a través de la educación que he recibido en la relación con don Giussani –no solo en la relación personal con él sino también en relaciones con otras personas en el movimiento–, una mirada más verdadera, más profunda de la realidad que la imagen de la preferencia que, en nombre de una justicia moral, yo también me había hecho.

Gerez. *En la audiencia del 15 de octubre, el Papa destacó el amor y la fidelidad de don Giussani, habló también de ternura –una palabra preciosa– por la Iglesia. Pero también es cierto que en la vida de Giussani no faltaron las dificultades y las incomprensiones en el ámbito eclesiástico institucional y con algunos de los obispos con los que se encontró. ¿De qué nacía su amor incondicional por la Iglesia? ¿Qué nos dice hoy este amor, este afecto a la Iglesia?*

Prosperi. Aquí quizás tengo que dejar caer un mito porque sin duda don Giussani, durante su vida y su historia, tuvo algunas dificultades en la relación con obispos ordinarios, superiores en el ámbito eclesiástico, pero querría aclarar que, por lo que yo he conocido de estos hechos estos años –sobre todo en este último año en el que he tenido que profundizar mucho en muchos aspectos de nuestra historia–, nunca hubo una persecución respecto a Giussani, en ningún momento de nuestra historia. Fue víctima, por así decir, de una mala interpretación o de una voluntad de ir contra él, pero reconociendo siempre el valor que tenía. Ciertamente fue puesto a prueba muchas veces, porque un

superior podía no comprender sus métodos, pero con la idea de verificarlo, de ponerlo a prueba. El cardenal Giovanni Colombo, que en un momento dado le alejó de *Gioventù Studentesca* –también por una serie de incomprensiones–, estimaba mucho a don Giussani, como teólogo y también como educador. En efecto, le propuso ir a EE.UU. para conocer el método catequético de las parroquias allí y para profundizar en sus estudios sobre el protestantismo americano. Efectivamente, a su vuelta le alejó de la guía de GS. Pero esto hay que mirarlo con la perspectiva del tiempo y a la luz de cómo Giussani vivió esto, porque no dudó ni un momento en la obediencia, en la obediencia cordial, también en la forma, a lo que se le pedía. Es decir, no solo irse sino hacerlo seriamente, verificando lo que se le pedía. Creo que este es un aspecto muy importante porque podemos obedecer formalmente, pero sin que esto introduzca una experiencia de verificación real para nosotros, como si nosotros pensáramos que ya sabemos cuál es la verdad y cuál es nuestro bien o, por ejemplo, el bien del movimiento al que pertenecemos. A través de esta verificación, Giussani volvió a guiar el movimiento con más madurez, con más claridad, precisamente por haber hecho este recorrido, sin ahorrarse nada. Creo que esta es una lección fundamental para nosotros hoy, porque se entiende que el punto no es entender si la Iglesia nos pide algo justo o equivocado –¿quiénes somos nosotros para decir esto?–; el punto es ser verdaderos en la verificación de la propuesta que se nos hace, comparándonos con el origen de lo que hemos encontrado.

Gerez. *La mayoría de los que estamos aquí no ha conocido a don Giussani personalmente. Uno puede pensar que el contexto en el que nació la primera experiencia, lo que dio origen al movimiento de Comunión y Liberación –que, como has recordado, fue GS en los años 50–, es muy diferente de lo que vivimos hoy en día, en todos los sentidos. Efectivamente, en esa época no faltaron conflictos militares entre países –era el año 1954, nueve años después de la Segunda Guerra Mundial–, esa era obviamente la situación pero, viendo esta impresión de disolución que genera la sociedad en la que vivimos hoy en día, uno puede pensar que es una situación muy diferente. ¿En qué medida la propuesta de don Giussani sigue siendo actual?*

Prosperi. Creo que la propuesta de don Giussani es tan actual hoy como entonces, cuando él comenzó. En cierto sentido quizá hoy lo es aún más. Muchos han usado una expresión hablando de don Giussani como una figura profética, es decir, capaz de leer el futuro a través de la mirada sobre el tiempo presente. Pensemos cómo don Giussani comenzó todo su trabajo apostando por la educación de los jóvenes en un momento en el que podía tener una brillante carrera como teólogo. Intuyó la trayectoria que iba a tomar la sociedad, de un alejamiento cada vez más inconsciente de su propia identidad y por tanto del conocimiento de los orígenes cristianos y de la fe vivida. Esto se estaba produciendo precisamente en los ambientes católicos en los años 50, cuando tal vez la Iglesia vivía a nivel social su máximo esplendor y tenía mucho más impacto que hoy. A nivel político estaba la Democracia Cristiana, el partido de referencia para todos los cristianos italianos, las iglesias estaban llenas, las parroquias vivían de propuestas y no sabían ya dónde meter a todos los jóvenes, había muchos sacerdotes y religiosos. Sin embargo, don Giussani ya vislumbró la semilla de un fenómeno nuevo que estaba asomando, una descristianización, no tanto desde el punto de vista de los valores éticos porque esos se afirmaban y se reconocían, sino desde el punto de vista de la experiencia personal y de la vida de las personas, pues se estaba perdiendo la capacidad de incidir como presencia real en la sociedad, en la vida de todos. Giussani reconoció que la causa de todo esto era fundamentalmente una ignorancia, en el sentido etimológico del término, es decir, que ya no se conocía el fundamento de la fe, el contenido de experiencia de las palabras cristianas. Y no hay nada como perder el contenido de experiencia de las palabras que usamos para perder también su significado y con el tiempo perder también el afecto por ellas. En este sentido, don Giussani fue un profeta, y nosotros ahora vivimos de alguna manera en el tiempo en el que se ha realizado esta profecía. Fue por tanto profeta, pero el Papa en la audiencia del 15 de octubre usó una palabra mucho más fuerte: dijo que don Giussani fue «un verdadero apóstol». Don Giussani vio que solo en la propuesta integral de una experiencia humana, que proponga todas las dimensiones del vivir tal como

nacen de la experiencia cristiana, puede seguir viviendo y renaciendo la conciencia del origen de la fe. Que Dios se haya hecho hombre implica que Cristo sigue estando presente a través de una historia humana que lo reconoce, lo narra, lo hace presente en todos los ambientes del vivir humano. Hoy ciertamente estamos en una situación –paradójicamente– casi favorable. Vivimos en un mundo que se acerca al paganismo del tiempo en el que vino Jesús. Jesús vino, pasaba por las calles de Galilea, se encontraba con personas, introducía una nueva manera de mirar las cosas, de tratar las cosas y las personas, generando una compañía que vivía de esta misma manera. Esa manera era la expresión de su relación con el Padre. Hoy se necesita una radicalidad de vida que muestre la conveniencia humana de vivir la propia presencia como relación con Cristo, es decir, como imitación de la relación que Cristo tenía con el Padre.

Gerez. *En la carta que nos has dirigido después de la audiencia con el Papa, decías que este encuentro supone un auténtico «nuevo inicio». ¿Cómo podemos hablar de nuevo inicio después de casi 70 años de historia del movimiento? ¿Qué horizonte ha abierto la audiencia con el Papa del 15 de octubre?*

Proserpi. Tengo que decir que esta expresión la hemos usado muchas veces en nuestra historia. Giussani la usó varias veces, porque «nuevo inicio» indica la toma de conciencia que podemos tener y que estamos llamados a tener frente a una novedad que nos alcanza, mostrándonos nuevamente la fuerza de lo que nos ha aferrado, es decir, la fuerza del inicio. Es «nuevo» porque tiene que ver con el ahora, con el presente, y es «inicio» porque es el mismo inicio que se vuelve a proponer, que vuelve a suceder hoy. Estamos delante del mismo desafío que don Giussani se encontró viviendo al principio de todo. Tendremos tiempo para verlo y entenderlo, y por eso el Papa dice que «la Iglesia, y yo mismo, espera más, mucho más» de nosotros (*Discurso durante la audiencia a Comunión y Liberación con motivo del centenario del nacimiento de don Luigi Giussani*, 15 de octubre de 2022, supl. *Huellas*, p.10). Cuando dice que espera más, no quiere encerrarnos en un esquema que tiene en mente sino que quiere decir que está seguro de la grandeza de lo que llevamos encima – inmerecidamente–, que aún debe desarrollarse con todo su potencial y que nosotros debemos seguir y servir a esta grandeza con humildad, como nos ha dicho, hasta el punto de estar disponibles para la corrección de quien guía la Iglesia para poder crecer y convertirnos cada vez más en aquello para lo que estamos en el mundo. «Nuevo inicio» para mí tiene que ver con la palabra *reclamo*. Muchos dijeron al día siguiente del encuentro con el Papa: «Se nos ha reclamado», refiriéndose al contenido de su discurso. La palabra *reclamo* –al menos en italiano esa es su etimología– dice bien cuál es el sentido de este nuevo inicio: *re-clamo* quiere decir ser llamados de nuevo; de modo que somos llamados una vez más por nuestro nombre, uno por uno y juntos en un pueblo. ¿Llamados a qué? A ser conscientes de la responsabilidad del carisma. Después de la muerte del fundador, el Papa ha dicho que todos los carismas se institucionalizan. Esta expresión, que quizás puede parecer extraña o difícil para muchos de nosotros porque la palabra «institucionalización» suena como una especie de prisión, una jaula o esquema que se quiere aplicar, en realidad es lo más seguro, porque en toda la historia de la Iglesia se ha demostrado como el camino posible para que lo que ha comenzado –si Dios quiere– pueda seguir dando frutos en la historia. Que haya que institucionalizar el carisma quiere decir que hace falta darle una forma, por lo que hoy se nos pide una reforma. Reforma no quiere decir ruptura con el pasado sino justo lo contrario, quiere decir apostar por el pasado a la luz de la actualidad presente. Es necesario que lo que se nos ha entregado en el encuentro con esta historia se convierta en una forma que asegure el camino también para el futuro. En este sentido el camino –nos ha dicho el Papa– está claro. No va ligado sobre todo a la excepcionalidad de uno o de otro que sean especialmente carismáticos. El camino es nuestra comunión. Una comunión guiada en cuanto que la autoridad es garantía de esa unidad. Pero la autoridad expresa en su guía una comunión, no una expresión de sí mismo, de su propio temperamento, de su propia sensibilidad. Estos son los subrayados que el Papa nos ha indicado como camino sobre el que construir estos años esta forma que la Iglesia nos pide.

Gerez. *¿Por qué un padre de familia, como tantos de nosotros, con sus hijos, su mujer, su vida profesional, dice “sí” a la propuesta de presidir la Fraternidad de Comunión y Liberación en un momento, como sabemos, un tanto turbulento de la vida del movimiento?*

Prosperi. Efectivamente, no sé realmente si soy la persona adecuada para desempeñar este papel pero no le he decidido yo. Soy la persona a la que se le ha pedido. El motivo por el que he aceptado, desde un cierto punto de vista, es precisamente el motivo por el que no me siento la persona adecuada. Yo entiendo que, si la Iglesia me lo ha pedido a mí, está diciendo que la responsabilidad del carisma es de cada uno de nosotros. Soy uno cualquiera de tantos que viven la experiencia del movimiento. Así que es justamente en nuestra comunión donde se expresa la fuerza y la continuidad de esta propuesta. Pero lo digo sinceramente, sin falsa modestia, porque creo que esto forma parte del paso de madurez que la Iglesia nos está pidiendo. Podíamos tener una cierta imagen de cómo debía ser la guía. Yo soy un laico, padre de familia, tengo un trabajo que sigo haciendo, que ciertamente exige tiempo y en cierto modo obliga a repensar la modalidad de la guía. Quizá esto, si nos fiamos de la autoridad de la Iglesia, es lo que nos están sugiriendo como paso de conciencia de lo que cada uno de nosotros lleva dentro y que todos juntos custodiamos. Me parece extraordinario algo, entre otras muchas cosas, que nos decía el Papa en la audiencia del 15 de octubre –lo digo con mis palabras–, que el carisma es mucho más grande que nosotros y de alguna manera don Giussani no es nuestro, sino que pertenece a la Iglesia y es patrimonio de toda la humanidad; pero nosotros somos sus hijos y por eso somos responsables de llevar adelante la tarea que nuestro padre asumió para la Iglesia y para el mundo, no solo para nosotros. Así que debemos esperar que el carisma pueda generar con el tiempo cosas mucho más grandes incluso que CL, que la Fraternidad, que los *Memores* y todo lo que ya ha nacido de esta historia. ¿Qué es lo que me ha impresionado? Que nos indicara nuestra responsabilidad: la Fraternidad de CL es el lugar que «custodia» el «don valioso» de nuestro carisma. Porque solo así el carisma podrá «hacer “florecer” todavía mil vidas» (*ibidem*, pp. 14-15) y generar mucho, mucho más de lo que conocemos y vemos hoy. Siempre habrá un punto de referencia y de interpretación auténtica de ese origen que ha generado esta historia, un punto que no es ante todo una persona sino que es nuestra Fraternidad, que ciertamente está guiada por una persona, pero como expresión de nuestra comunión.

Gerez. *Muchísimas gracias, Davide.*